

Introducción

La evaluación suele ser una de las tareas más complejas en la educación y en todos los ámbitos de la ciencia, de la política y de la vida misma.

Rebeca Anijovich, en la introducción del libro *La evaluación significativa*, señala: "El abordaje de la evaluación de los aprendizajes resulta un proceso sumamente complejo en la medida en que se trata de una práctica social anclada en un contexto que impacta de múltiples maneras en los distintos actores involucrados, ya se trate de alumnos, docentes, instituciones educativas o padres" (Anijovich, 2010: 15). Posteriormente, menciona los aportes de Black y William (1998) y Black (2003) vinculados con las características que debe tener una evaluación formativa, que no se limita al ofrecimiento de retroalimentaciones y reconocimiento de dificultades, sino que se expande hacia la autorregulación de los aprendizajes y las modificaciones acerca de cómo encarar la enseñanza.

Cuando comenzamos a diseñar instrumentos para evaluar los aprendizajes vinculados con Prácticas del Lenguaje, hace aproximadamente diez años, lo hicimos con la intención de proponer una alternativa que sostuviera una estricta coherencia entre cómo se enseña y cómo se pondera lo aprendido.

En el libro *El desafío de evaluar procesos de lectura y escritura*, destinado a exponer una propuesta para Primer Ciclo de la escolaridad primaria, señalábamos que nuestro accionar didáctico está basado en la premisa de que se aprende a leer leyendo y a escribir escribiendo, así como también en la certeza de que ese aprendizaje implica un largo proceso que se extiende durante toda la escolaridad. Decíamos, además, que es difícil evaluar un proceso si en cada año se presentan situaciones muy dispares porque no son comparables para apreciar los avances (Kaufman y otros, 2012). Por ejemplo, si en cuarto y quinto grados proponemos situaciones muy breves y simples, no deberíamos

sorprendernos si nuestros alumnos no pueden resolver tareas de mayor complejidad cuando llegan a sexto.

Una maestra de quinto grado comentaba en una oportunidad: "No sé qué pasa con estos chicos: escriben oraciones preciosas y cuando tienen que escribir un texto no saben hacerlo". Lo que esta docente no tomaba en cuenta era que esos niños pasaban la mayor parte del tiempo escolar escribiendo oraciones y no textos, con lo que arribamos a una conclusión que parece de Perogrullo: escribiendo oraciones se aprende a escribir oraciones y para aprender a escribir textos hay que escribir textos. Desde el comienzo de la escolaridad.

Consecuentemente, proponemos para el Segundo Ciclo tareas que nos permitan apreciar de qué diferentes maneras los niños abordan las mismas propuestas de lectura, escritura y reflexión. Es decir, cómo van poniendo en juego determinadas estrategias de comprensión lectora, cuál es su conocimiento sobre la ortografía, cómo producen un texto escrito y reflexionan para abordar ciertas sistematizaciones sobre la lengua, año tras año, al comenzar cada grado.

No obstante, evaluar los saberes y las debilidades de los conocimientos de los niños no es nuestro único objetivo. Otro propósito central de esta propuesta es brindar un modesto aporte para contribuir a orientar la enseñanza.

En el capítulo 1 presentamos las características generales de esta evaluación.

El segundo capítulo está destinado a la evaluación del conocimiento ortográfico de nuestros estudiantes tanto en lo que se refiere a la ortografía literal (uso de las letras correctas) y a la acentual (tildación) como al uso de los signos de puntuación.

En el tercero, abordamos qué conocimiento tienen los niños sobre el lenguaje escrito, a través de la reescritura de un cuento conocido.

En el cuarto, exponemos las situaciones utilizadas para apreciar la comprensión lectora de los alumnos, indagando el uso de ciertas estrategias seleccionadas.

El quinto y último capítulo está centrado en averiguar qué posibilidades de reflexión y sistematización han alcanzado los niños sobre diferentes aspectos de la lengua.

Quiero agradecer a todos los docentes y directivos de los establecimientos que nos permitieron y demandaron, desde las primeras tomas hasta la fecha, ir ajustando el instrumento: Colegio Alas de El Palomar; Escuela Nuestro Lugar, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires; Escuela N° 20 Gabriela Mistral, de Wilde; Escuela N° 10 Ricardo Gutiérrez, de Sarandí y Escuela N° 59 Pacífico Antequeda, de Burzaco.

Y quiero agradecer especialmente a los coautores de este libro: Adriana, Celina, Marcela, María Elena, Maxi y Noemí, compañeros con los que comparti-

mos la aventura de aprender a evaluar mientras poníamos a prueba esta propuesta. Gracias por sus inteligentes y valiosos aportes que nos permitieron llegar hasta el punto en que nos encontramos pero, sobre todo, gracias por alegrarme la vida.

ANA MARÍA KAUFMAN